

Enfermedad, amor y medicina

Daniela Jiménez Paredes

Sobre mi primera enfermedad no recuerdo mucho. He escuchado a mi mamá decir que fue una “otitis del oído medio” pero para ese entonces yo era un bebé. Fui una niña sana, sin embargo recuerdo que en varias ocasiones, vomité. Solía despertarme en la madrugada, llamar a mi tía y comenzar a vomitar; llegar de la escuela y vomitar. El vómito no me agradaba.

Mis remotos recuerdos refieren el sabor de aquellas épocas de enfermedad. Fue un domingo, a las siete de la noche. Tenía siete años. Mi mamá y mi tía me dijeron que fuéramos a misa. No me sentía bien, pero no quise decirlo.

Aunque llegamos tarde, pudimos encontrar donde sentarnos. Hacía calor y mi malestar no había mejorado. Comencé a sentir que la cabeza me pesaba y que todo el lugar giraba. De repente, me puse fría y pálida, miré a mi mamá con los ojos bien abiertos y salí corriendo.

Necesitaba vomitar, pero había tanta gente que me resultaba difícil salir. Tras mucho correr, me faltaba una persona más y estaría afuera... pero el señor no se movió, no me dejó pasar. Intenté aguantar, no me pude controlar y exploté encima de sus pantalones. Lo miré con pena y seguí corriendo. Mi mamá y mi tía venían detrás de mí y se disculparon.

Al llegar a casa, mi abuela preparó un vaso de la tan indeseable “agua de linaza”.

Existe en mi mente un vivo recuerdo de cada enfermedad, de la preocupación de mi familia por llevarme al médico y verme bien, del amor y el cuidado que ponían en mi proceso de recuperación. Sobre todo, existe en mi corazón aquel sentimiento de estar rodeada de las personas que amaba. De alguna manera, podía sentirme muy mal y sin embargo, saber que estaba a salvo.

Aún puedo sentir el sabor de esa poción extraña; al final, no importaba si “el agua de linaza” funcionaba. Lo importante era saber que detrás de ese remedio disfrazado de medicina estaba el amor de una familia y el deseo de mi recuperación.

Un día escuché decir que la medicina cura, pero el amor sana.